

César Rengifo
María Rosario Nava
Manuelote



**Alcaldía
de Caracas**

Fondo Editorial Fundarte



Alcaldía
de Caracas

CÉSAR RENGIFO

Nació en Caracas el 14 de mayo de 1915. Escritor, artista plástico, periodista. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Caracas entre 1930 y 1935. En 1937 vivió en México y tuvo contacto directo con el movimiento muralista mexicano. De regreso a Venezuela en 1938, se involucró en las luchas políticas, afiliado al Partido Comunista. Reportero, redactor y coordinador de páginas culturales, formó parte del equipo fundador del diario *Últimas Noticias* en 1941. En 1953 fue fundador del grupo teatral «Máscaras», dedicándose por entero a la dramaturgia y la puesta en escena. Paralelamente, su actividad pictórica le valió galardones en los salones de arte de la época, y el Premio Nacional de Pintura en 1954. Entre 1954 y 1955 ejecutó su famoso mural dedicado al héroe mítico caribe Amalivaca en el Centro Simón Bolívar. Fue Director de Extensión Cultural de la Universidad de Los Andes de Mérida entre 1958 y 1960. Desde 1959 concurreó con sus obras al Festival de Teatro Venezolano, obteniendo varios premios. En 1980 se le otorgó el Premio Nacional de Teatro, poco antes de fallecer, el 2 de noviembre, en Caracas.



Elaboración

María Rosario Nava

Manwelote



Impresión y distribución: [illegible]

...

César Rengifo

María Rosario Nava

Manuelote



Colección Biblioteca César Rengifo

2ª Edición. Fundarte 2015

Colección Biblioteca César Rengifo - Nº 12

© Fundación para la Cultura y las Artes, FUNDARTE 2015

María Rosario Nava / Manuelote

CÉSAR RENGIFO

Imagen de portada

Título: *La armonía del sol*

Autor: CÉSAR RENGIFO

Técnica: Óleo s/tela

Dimensiones: 90 x 70 cm

Año: 1978

Tomado del libro: *Rengifo*. JORGE NUNES. Ernesto Armitano Editor. 1981

Al cuidado de: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.

Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: Nº If23420129002115

ISBN: 978-980-253-536-1

FUNDARTE. Av. Lecuna, Edif. Tajamar, PH

Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Telefax: (58-212) 5778343 - 5710320

Gerencia de Publicaciones y Ediciones



COLECCIÓN BIBLIOTECA CÉSAR RENGIFO

La permanente obsesión artística de César Rengifo (1915-1980) fue la de captar, representar o expresar lo que él concebía como la esencia de la venezolanidad. Integrante de una generación que cobró conciencia en medio de las luchas contra el gomecismo, Rengifo hizo suya la misión de resaltar o, en su defecto, encarnar, la manifestación de un espíritu nacional.

Esa esencia o espíritu propiamente venezolano aparecía a sus ojos impregnado del sufrimiento humano y de la injusticia social que caracterizaron la Venezuela del siglo XX que le tocó presenciar, y de los cuales quiso asumir una incansable denuncia con los medios expresivos que le parecieron, en su momento y en sus circunstancias, los más genuinos y auténticos.

Fue quizás el primero en plantearse con total firmeza la noción del arte como compromiso social, tal como entró en vigencia en las discusiones de los movimientos revolucionarios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a la vez que se insertaba en la tradición del nacionalismo histórico representado, entre otros, por Mario Briceño Iragorry, a quien Rengifo admiró, ahora replanteado desde el materialismo histórico como postura anticapitalista y antiimperialista.

Creador polifacético, formado durante años en la Academia de Bellas Artes de Venezuela y en contacto con el movimiento muralista mexicano, su legado más prolífico y consistente se halla en su obra teatral, por la que ha sido considerado como el iniciador de la dramaturgia contemporánea venezolana.

El teatro de César Rengifo, que comprende cerca de cincuenta piezas, ha sido clasificado como abarcando cuatro grandes ámbitos: el histórico (con obras como *Lo que dejó la tempestad* y *Oscéneba*); el político (con *¿Por qué canta el pueblo?* o *Muros en la madrugada*); el social (con *La fiesta de los moribundos*, *La esquina del miedo* o *La sonata del alba*) y el psicológico (con *Yuma o cuando la tierra esté verde* o *En mayo florecen los apamates*).

María Rosario Nava

*Soy poeta de la mujer
tanto como el poeta del hombre.
Y digo que es tan grande ser mujer
como ser un hombre.
Y digo que nada hay tan grande como ser
la madre de los hombres*

WALT WHITMAN

Al recuerdo de un gran niño: Reinaldo García

Personajes

CORO (de tres o más voces)

JUEZ I

JUEZ II

JUEZ III

MARÍA ROSARIO NAVA

HOMBRE I

HOMBRE II

HOMBRE III

VARIOS NEGROS (visten como esclavos)

UN INDIO DE LOS PÁRAMOS

UN GENDARME

UNOS SOLDADOS

VOZ JUVENIL

OTRA VOZ

OTRAS VOCES

La acción tiene lugar en la ciudad de Mérida,
Andes venezolanos, un día del año 1817.

(Al iniciarse la acción el escenario está completamente oscuro. A lo lejos se oye un rumor confuso como de multitud agitada. Entre el rumor estallan algunos disparos aislados. Al apagarse el rumor una voz grave grita:)

Voz: ¡Viva el Rey!

(Otras voces responden:)

VOCES: ¡¡Viva!!

(Otra voz grita:)

Voz: ¡Muera el Rey!

(Otras voces corean:)

VOCES: ¡¡Muera!!

(Se oyen disparos mientras el rumor se va apagando. Una vez que cesa, cerca, redoblan tambores militares, óyense pasos; desde el fondo, iluminada por una luz cenital brillante y entre dos soldados que la custodian llega, María Rosario Nava. Alta, esbelta. Su edad esté entre los treinta y cinco y cuarenta años. Viste un traje sobrio, de color oscuro, que no es de luto. Mientras avanza hacia el centro escénico, se ilumina, a la derecha, el Coro, formado por hombres y mujeres del pueblo. Muchos de éstos

visten como campesinos andinos. Toda la escena, fuera de María Rosario Nava y el Coro, queda envuelta en una luz difusa)

CORO: *(Unísono y mientras llega María)* ¡Ella es Rosario Nava! ¡Merideña nacida!

(Una voz)

¡Y en Mérida apresada, este año diecisiete!

(Unísono)

Un tribunal la juzga...

(A la izquierda se iluminan los jueces. Cerca de ellos está una pequeña mesa sobre la cual hállanse libros, memoriales, una campanilla y un mazo)

(Una voz)

¿Y... cuál fue su delito...?

JUEZ I: ¡Ser infidente al Rey!

JUEZ II: ¡Nuestro señor amado!

JUEZ III: ¡A quien Dios guarde siempre y larga vida ceda!

JUEZ I: ¡Para bien de su imperio y sus fieles vasallos!

CORO: (*Una sola voz*) ¡Ella es una mujer de claros procederes!

JUEZ I: ¡Pero guardó pasquines de letra subversiva...!

JUEZ II: Y estalladoras armas...

JUEZ III: ¡Y hierros ofensivos!

JUEZ I: Además, tiene un hijo que contra el Rey guerrea...

JUEZ II: ¡Nula carne rebelde que la horca ya espera!

CORO: (*Unisono a María*) ¡Qué dices tú, María, de ese hijo que acusan?

MARÍA: ¡Mi hijo es un jardín de tréboles y olivos! Es como el Albarregas: ¡sonriente y decidido! En una madrugada, cuando los frailejones abren entre la niebla sus transparentes soles, lo tuve...

Esta ciudad
cantaba en sus campanas...

En mi pulso fundíanse versos y oraciones,
porque era madre al fin y mi tierra tranquila
su semilla entregaba...

CORO: (*Unísono*) ¡Lo vimos de pequeño, todos lo recordamos...!

(*Una voz*)

¡Tu hijo era un geranio
de ternuras y llamas!

MARIA: ¡Eso era en la cuna!
¡Leche le di colmada con sol de estas
montañas y él sonrió con sus nieves y luces
vegetales!

JUEZ I: (*A María. Duro. Metálico*) ¡Pero
volviose duro, cual la piedra de Milla!

JUEZ II: Y un día se te huyó...

JUEZ III: ¡Conocemos la historia!

CORO: (*Dos o más voces*) ¿Por qué huyó de tu
amor, María Rosario Nava?

(*Una voz*)

¿Qué lo apartó de ti?

(*Otra voz*)

¿Qué fuerza lo llamaba?

MARIA: (*Mientras se oyen, apagados, clarines
de alegría y un coro difuso entona un himno*)

rebelde) ¡Era un adolescente cuando en Caracas, lejos...

Estallaron las rosas de una palabra pura...!

CORO: (*Unísono*) ¡Dijeron libertad!

MARÍA: ¡Eso mismo dijeron!

(*Pausa*)

Él la miró llegar sobre las altas cimas, y delectó sus formas de llamas y praderas.

CORO: (*Una voz*) ¿Y le entregó su amor?

MARÍA: (*Al Coro*) ¡También a mí me amaba!

CORO: (*Dos o más voces*) ¡Más te ocultó esa voz que ya lo procuraba!

JUECES: (*Unísono*) Como jueces queremos saber por qué partió de tu hogar una noche de relámpagos duros...

JUEZ II: Sin que tú lo miraras ni su rumbo advirtieras...

JUEZ I: Una noche de vientos y tejas empapadas, cuando en la niebla herían finos cuchillos fríos y el Mucujún obscuro en sus rocas bramaba.

(*Pausa*)

MARÍA: Los esbirros del Rey a esa palabra pura
pusieronle cadenas, nuevamente...

Coro: (*Una voz*) ¡Sabemos cómo fue la
quemante represión de esos días!

(*Pausa*)

MARÍA: Pero mi hijo, alerta, supo que por el
sur guerreros ya volvían y que entre sus
pendones la libertad flameaba...

CORO: (*Unísono*) ¡Su amor! ¡La libertad!

(*Pausa*)

JUECES: (*Unísono*) ¡No denigres de ello!

JUEZ I: ¡Eras fiel y honrada!

MARÍA: (*Pausa. Con serena tranquilidad*)
Cuando volvió mi hijo...

(*Regresan los tres hombres solos*)

HOMBRE I: ¡En Puente Real lo hallamos! No
quiso obedecer tu lejano mandato...

HOMBRE II: Corrió por las laderas del Chama
turbulento...

HOMBRE III: ¡Yo disparé a las nubes!

HOMBRE I: ¡Él lanzase a un barranco dando
contra los riscos!

MARÍA: (*Atribulada*) ¿Qué le ocurrió a mi niño?

HOMBRE I: ¡Sus brazos fracturados!

HOMBRE II: (*Enojado*) ¡Y una rabia imposible!

HOMBRE III: ¡En tu alcoba quedó como jaguar
cansado!

JUEZ I: (*A María*) ¡Ahí comenzó tu culpa, María
Rosario Nava!

CORO: (*Unisono y al Juez I*) ¿Por qué le dices
eso?

JUEZ I: (*Al Coro*) ¡Con palabras el hijo le
cambió el pensamiento!

MARÍA: ¡Él me habló cierto es... lo que me dijo
toda la estancia iluminaba!

(*Pausa*)

¡Toqué sus esperanzas y el hierro de sus
clavos!

(*Pausa*)

¡Mis vendajes cayeron frente a mi niño
vivo!

CORO: (*Unísono a María*) ¡Por qué dices que vivo?

MARÍA: Para mí renacía... Tenía un hijo nuevo... ¡Una llama distinta en su sangre quemaba!

JUEZ I: (*Violento, a María*) ¡Lo que dices te acusa!

MARÍA: (*Altiya*) ¡Qué importa?

CORO: (*Unísono*) ¡Sí! ¡Qué importa!

(*Una voz*)

¡Si en su hijo ya estaba floreciendo de nuevo
María Rosario Nava!

JUEZ III: (*A los otros jueces y mostrando a María*) ¡Es la turba que agita azufre en sus sentidos!

(*El Coro emite un murmullo confuso, ininteligible. Rítmico. El Juez II suena la campanilla llamando a la orden*)

MARÍA: (*Luego de una breve pasusa*) Poco tiempo después... ¡El recuerdo me alumbra! ¡Yo vi al pueblo salir de las casa y sembrados, y un sonoro alborozo treparse por las cumbres...! ¡Las últimas estrellas apagaban sus rosas y el alba una bandera en

la Sierra dejaba...! Sobre potros y cantos:
¡¡Un capitán llegaba!!

CORO: (*Unísono*) ¡¡Era Bolívar!!

MARÍA: (*Vibrante*) ¡¡Sí!!

JUEZ I: (*Despreciativo*) ¿Qué viste en él de raro?

MARÍA: (*Al Juez I*) ¿Qué vi? ¿Tú lo preguntas?

(*Grave*)

¡Oye, Juez, con cuidado!

(*Con fuerza*)

En sus ojos estaba Venezuela encendida...
Y en su pecho los fuegos braman y liberan.
¡Desde su voz un bronce candente proclamaba: un mundo con justicia, un rumbo, una ribera...!

¡Yo vi tras sus pupilas nacer la patria sola!

¡Despertarse guerreros que vacían dormidos,
y agitarse los mares, las costas, las fronteras!

¡Contemplé en las ciudades de muros humillados, abrirse las despensas de todas las bravuras; y encenderse las fraguas donde herreros sombríos rojas lanzan forjaban con metálicos odios!

(Pausa)

¡Oí por las vertientes y los inmensos ríos
bajar la tumultuosa rabia de los sufridos an-
siosos por cambiar sangre y huesos obscu-
ros por lecho, casa y pan a todos repartidos!

(Pausa)

¡Yo escuché cómo el aire de su capa bajaba
con un himno bermejo de trompas y clarines!
¡Miré al Orinoco cruzado por hogueras y la
Sierra Nevada transformarse en trinchera!

(Pausa)

¡En los cacaotales musgosos y sombríos,
vi al negro libre alzar sus puños como
piedras!

*(Oyense tambores. Se ilumina un grupo
de negros con lanzas, trabucos y tambores
pequeños. Visten como esclavos de la época)*

NEGROS: *(A los golpes de los tambores)*

¡¡Que un duro tambor resuene
desde la costa a las nieves!!

¡Cuero de tambor templado
con brazas de manos negras!

¡Aquí llegamos, Simón,
para luchar por tu estrella!

¡¡Contigo iremos, Simón,
duros de son y de penas!!

(Pausa. Suenan los tambores)

UN NEGRO: ¿Qué dijo Simón?

CORO: *(Coro y negros a un tiempo)* ¡¡Luchar!!

(Se apaga la luz sobre los negros y éstos desaparecen mientras se alejan y cesan los golpes de los tambores)

MARÍA: *(Luego de una breve pausa)* ¡Desde su pecho el indio miró los horizontes...!

(Se ilumina un indio andino. Pantalón raído, pies descalzos, sombrero de paja, porta una lanza y una flauta)

¡Y alegró su mirada un sol recién nacido!
¡En el páramo azul florecieron las flautas
y en los árboles altos se mecieron los nidos!

(Óyense fotutos y guaruras y una limpia flauta de carrizo)

INDIO: ¡Mi sangre es necesaria
para este esfuerzo de hombres!
Tras tus huellas, Bolívar
nuestras frentes se incendian.
¡Las flechas y macanas, nuevamente se
aprestan!

(Resuena una guarura y una voz lejana dice:)

Voz: «¡Corre veloz, el agua... corre veloz, el viento... corre veloz, la piedra...!»

(Pausa)

INDIO: ¡En pos de ti, Bolívar,
correrá la cascada de mis pasos violentos!
¡El indio irán en el rayo...
que baje de tu espalda...!

(La flauta de carrizo da una nota aguda. La guarura le responde. La luz sobre el indio se apaga y éste desaparece)

MARÍA: ¡Todo el aire gritos de fuerzas
estalladas!
¡El eco de esos gritos alumbró las canteras
que guardan bajo azufres la luz de los volcanes;
e iluminó los riscos y el carámbano breve
que irisa con destellos la piel de los glaciales!

(Pausa corta)

¡Hacia Bolívar fueron los niños, los
ancianos, los mozos de hombros fuertes y
chispa en la mirada!
Las luces de azafranes, los lirios, las
centellas...
Los humos, los desiertos, las aguas, las
salinas...

(Pausa larga)

¡¡Yo vi cómo en mi hijo la alegría lloraba!!

JUEZ I: (*A María*) ¡Haz un alto, María...!

JUECES: (*A Coro*) ¡Estamos asombrados!

(*Pausa*)

JUEZ II: ¡Ya ves que su derrota los traidores sufrieron!

JUEZ III: ¡Y el dominio del Rey...!

JUEZ I: ¡Que Dios bendiga y salve!

JUEZ III: ¡Está de nuevo erguido sobre esta tierra brava!

JUECES: (*Unísono*) ¡Un humo fatuo dieron sus pobres llamaradas!

CORO: (*A Jueces*) ¡Tengan cuidado, Jueces!

(*Una voz*)

Pues aún siguen las armas en las manos altivas...

(*Unísono*)

¡Y esta lucha es muy larga!

MARÍA: (*Altiva*) ¡Larga ha de ser! ¡Y dura! ¡Y nadie se doblega!

JUEZ I: (*Con ira, a María*) ¡Prosigue tu relato!

JUEZ II: ¡Como una prisionera!

MARÍA: (*Sonora como una trompeta*) ¡Bolívar
ya partía de esta Mérida clara...
fue en mayo...!

CORO: (*Unísono*) ¡Las campanas, nuevamente
en el aire, con arpegios de cobre, a la lucha
llamaban!

MARÍA: (*Serena*) ¡Llevaba corazones y hombres
de metales!
Y una verde alegría de vientos y maizales
Sobre el cielo banderas y clarines vibraban...

(*Pausa*)

¡Toda la juventud de Mérida avanzaba!

JUEZ I: (*Grave*) ¡Iban hacia la muerte!

JUEZ II: (*Sombrío*) ¡Hacia la muerte iban!

MARÍA: (*A los jueces*) ¡Están equivocados! ¡Sus
pasos fulgurantes dispersaban las sombras!
¡Y hacia la gloria iban!

JUEZ I: ¿Y tu hijo, María?

MARÍA: (*Con pesar*) ¡Sobre un lecho de tablas
sus lágrimas cuajaba!

JUEZ II: ¡Has debido alegrarte, fue suerte su
desgracia, la guerra es cosa mala!

MARÍA: (*Rebelde*) ¡No por la libertad! ¡Cuando
el pueblo guerrea siempre busca la paz!

CORO: Mas, de eso, ¿tú que sabes?

(*Emite un murmullo, sordo, tremolado. El
Juez I suena la campanilla con enojo*)

MARÍA: (*Una vez apagado el rumor*) ¡Entre sus
brazos rotos y el sol que se marchaba mi
hijo era una espiga de sal que se doblaba!

(*Pausa*)

¡Soñó con ser soldado de paz y poesía...
De los que tras los hierros levantan olivares
y hacen surgir del fuego la flor de un nuevo
día!

(*Pausa*)

¡Por eso en su garganta la voz fue palma y
ruego!

(*Se oye una fuerte voz juvenil:*)

VOZ JUVENIL: ¡No puedo estar aquí cuando
otros pies ya buscan
su propia madrugada!
¡Si para abono sirve:

dejen que se incorpore mi vida a esta
jornada!

MARIA: (*Resentida*) ¡Alguien le respondió...!

OTRA VOZ: (*Dura, enérgica*) ¡No alistamos
lisiados!

¡Con los brazos inermes!

¿Quién llevará tus armas?

(*Pausa*)

MARIA: ¡Por el aire cruzó un dolor apagado!

Vi surgir en sus ojos dos jazmines amargos
y una espina sin forma herirle en el costado.

¡El sueño por su sangre, sin puertos, naufraga-
gaba!

CORO: (*Unísono*) ¿Cuál fue tu sentimiento?

(*Una voz*)

¿Lloraste silenciosa

María Rosario Nava?

MARIA: ¡Cerré mis ojos... vi...

lo mismo que él veía...!

CORO: (*Unísono entre sí*) ¿Ella, qué miró?

(*Una voz*)

¿Y él?

(Una voz)

¿Qué fue lo que miraron?

(Unisono a María)

¡Lo que miraste dinos!

MARÍA: (Luego de una breve pausa) ¡Un camino muy largo de violencias y llamas, con árboles y huesos y cruces abismadas... y un río de banderas victoriosas alzadas!

CORO: (Unisono a María) ¿Y al fin de ese camino?

MARÍA: (Vibrante) ¡La patria liberada!

(Pausa)

JUECES: (Unisonos a María) ¿Qué hiciste después?

CORO: (Una voz a María) ¿Qué consuelo invocaste?

MARÍA: (Grave) ¡Una ortiga culpable en mi sangre escocía!

(Pausa, sigue con fuerza)

¡¡Levántate!! Le dije...
¡Conozco quien te llama...!

(Muy arriba)

¡¡Tú irás sobre tus pies...!!

¡¡Yo llevaré tus armas!!

(Lejos irrumpe un himno hermoso de lucha y rebeldía. Donde cruzan breves compases de Gloria al Bravo Pueblo. Los jueces acercan sus cabezas unos a otros como para deliberar. Violentamente suena una campanada dura que apaga el himno y sobreviene un silencio total. La voz del Juez I se alza grave y profunda mientras golpea la mesa con el mazo)

JUEZ I: ¡Obstinada rebelde! ¡Te hemos condenado!

JUEZ II: ¡Y es terrible tu pena!

JUECES: *(Unisonos)* ¡María Rosario Nava!

MARIA: *(Recio y altiva)* ¡Qué importa! ¡Si mi hijo... ¡En la lucha está libre!

¡Y sus brazos!

¡Mis brazos!

¡Continúan armados!

(Se oye un himno inmenso que sube desde la tierra y se riega por las sombras. Un tambor cerca, redobla. Un gendarme va a poner las esposas a María... Oscuro violento)

FIN DE LA OBRA

Manuelote

Personajes

MANUELOTE. Negro esclavo, 50 años

PETRONA. Mujer de Manuelote, 30 años

ROSO. Oficial insurgente, primo de don Martín.

DON MARTÍN. Un criollo insurgente, 40 años.

DOS HOMBRES

BANDO

VOCES

Lo fundamental, en su contenido trágico, del episodio que en las siguientes líneas se dramatiza, anduvo de boca en boca en la gente caraqueña en los duros días de la lucha emancipadora. La pluma del escritor Eduardo Blanco lo recogió y divulgó como crónica a fines del siglo XIX.

Acción

En Caracas, en una casa vieja de sus afueras.

Época

1814.

Escenario

Habitación amplia, de paredes gruesas y sucias, dividida en dos por un muro oblicuo, de los llamados muros de contención en las viejas construcciones españolas. En la parte derecha, al fondo, hay una ventana cerrada, la cual al abrirse deja ver un pedazo de calle; cerca de ella, hacia el rincón derecho, se alza

un fogón rústico sobre el cual se ven ollas de barro cocido, escudillas y otros útiles como totumas, cucharas de palo, etc. Hacia ese mismo lado, en la pared lateral derecha está la puerta de entrada. Hacia el proscenio, y en la misma línea del muro que corta en dos la estancia, están una mesa y un taburete, ambos sucios y destartalados. Sobre la mesa hay un farol, una pimpina con agua y dos pocillos de estaño. En el lado izquierdo de la escena, a manera de cuartuchos, está un camastro rústico de lona y paja; junto, a la pared lateral izquierda se ve un viejo baúl. En las paredes, algunos santos, un colgador de palo y una repisa con un candil apagado. El cuartucho y todo lo que hay en él quedan fuera de visión de cualquier persona que se mueve cerca del fogón y la puerta de entrada.

MANUELOTE
DRAMA EN UN ACTO

(Son las cinco de la mañana. En escena —que está casi oscura— se encuentran Manuelote —quien viste un pantalón de lienzo y franela, ambas prendas muy sucias y raidas, está descalzo— y Petrona, su mujer, ataviada con falda oscura, cota con mangas hasta medio brazo y alpargatas de cocuiza, su vestimenta también luce pobre y sucia. Manuelote se halla acostado en el camastro, mientras Petrona sopla la candela cerca del fogón. A lo lejos canta un gallo y suena la campana de una iglesia. Petrona se mueve y enciende el farol que está sobre la mesa. Manuelote se incorpora perezosamente, camina hacia el taburete y se sienta. Petrona le ofrece café)

PETRONA: Toma, está cerrado. *(Da café a Manuelote)* ¡Hace frío! *(Se arregla el paño)* Pero tendré que salir. *(Agarra una cesta y la sacude)*

MANUELOTE: Podías esperar un poco más. *(Pausa)* Apenas son las cinco y hay movimiento de tropas por la ciudad. Con esa entrada de Boves toda la noche han estado pasando por aquí gente armada y caballería. ¿No sentiste?

PETRONA: (*Negando con gesto de cabeza*)
¡Dormí como una piedra!

(*Se oyen muy lejos unos tiros*)

MANUELOTE: ¿Oyes? Las cosas siguen revueltas afuera.

PETRONA: Sin embargo, debo aprovechar la mañanita y buscar algo para comer. Aquí no hay nada, los últimos granos de café se acabaron.

MANUELOTE: Si quieres, anda, pero dudo que encuentres. Anoche vi a los soldados de Boves requisando las pulperías y llevándose cuanto encontraban. Y los dueños que se oponían eran golpeados sin misericordia. ¡A muchos hasta los sacaron amarrados para la cárcel!

PETRONA: Serían republicanos. (*Arregla algo en el fogón*)

MANUELOTE: ¡Tal vez! ¡Los andan persiguiendo como conejos! ¡Parece que ayer mismo, al atardecer, empezaron los fusilamientos en la Plaza Mayor!

PETRONA: ¡Dicen los españoles que no dejarán ni uno vivo!

MANUELOTE: Daba lástima ver cómo los sacaban de sus casas sin que valieran súplicas ni llantos.

PETRONA: ¡Dios los ampare! (*Pausa*) Oye, ¿y de los amos qué supiste por fin?

MANUELOTE: Lo mismo... Que las doñas y los chicos emigraron a oriente, y si son los hombres, parece que aún andan con las tropas insurgentes. Eso, si no los mataron en la fulana batalla que hubo hace días no sé dónde. ¡Dicen que fue espantosa; el tal Boves no hizo sino pasar cuchillos por los pescuezos!

PETRONA: ¿Entonces eso quiere decir que tendremos que permanecer aquí cuidando esta vieja casa y pasando penurias?

MANUELOTE: Así será hasta que Dios quiera... Pues, con esa guerra prendida y los amos huyendo o muertos, ¿qué vamos hacer? Hasta es mejor no volver ni a mirar la casa grande.

PETRONA: ¡Tienes razón! (*Abre la ventana*) Ya está claro del todo, ahora sí... Saldré. Ojalá encuentre aunque sea un poco de yuca o una cuartilla de maíz. (*Apaga el farol*)

MANUELOTE: ¡Ojalá! Pero no vayas muy lejos. (*Se pone de pie*) Déjame ver afuera por si

acaso. (*Abre la puerta de la calle y echa un vistazo*) ¡No hay ni un alma por esas calles!

PETRONA: Cuida de que no se apague la candela, pues no hay yesca. (*Sale con cierto sigilo*)

MANUELOTE: ¡No te preocupes, mujer!

(*Manuelote cierra la puerta, toma unos leños del suelo y comienza a partirlos con el machete, luego empleando el cuchillo, saca algunos y los coloca convenientemente. Con sumo cuidado sopla y atiza, cuando hace eso se oyen unos toques leves en la ventana como si alguien rasguñara la madera. Manuelote se inquieta y detiene sus manipulaciones con las astillas. Los toques se repiten, esta vez más apuro, receloso, Manuelote va y abre la ventana. Afuera aparece un hombre con sombrero negro y embozado en una capa oscura, apenas deja ver algo de su rostro*)

MANUELOTE: (*Sorprendido*) ¡Teniente Roso!
¿Qué hace por aquí?

Roso: ¡Ábreme rápido! ¡Necesito hablarte!

MANUELOTE: ¡Sí! ¡Cómo no!

(*Abre la puerta. Entra Roso, viste pantalón claro, botas a media pierna, blusa azul cerrada, sombrero y capa, en la mano lleva una pistola la cual guarda al entrar*)

ROSO: ¿Hay alguien más aquí?

MANUELOTE: No, señor.

ROSO: ¡Mejor así! (*Se quita la capa*)

MANUELOTE: ¿Qué ocurre? ¡Lo hacía a usted lejos! Me dijeron que andaba con su primo don Martín en los ejércitos insurgentes.

ROSO: Sí, pero... ¿no sabes lo del combate de la Puerta el 15 de junio?

MANUELOTE: ¡Algo he oído!

ROSO: ¡Nos derrotaron! Estamos fugitivos. ¡Aún ni sé cómo pudimos regresar a Caracas sin ser interceptados por los asesinos de Boves! A duras penas hemos cruzado campos y montañas andando de día y de noche...

MANUELOTE: ¿Y don Martín?

ROSO: ¡Está herido de gravedad!

MANUELOTE: ¡Válgame Dios! ¡Cómo va a ser!
(*Se santigua*)

ROSO: ¡Sí, un lanzazo en el pecho! De eso quiero hablarte...

MANUELOTE: ¡Diga usted!

ROSO: Don Martín siempre te ha tenido por un esclavo de confianza.

MANUELOTE: ¡Así ha sido!

ROSO: Dice que eres un negro fiel. Hasta te ha dado a cuidar esta casa junto con tu mujer, considerando que sufriste una grave enfermedad.

MANUELOTE: ¡Así es como usted dice!

ROSO: ¿Puede don Martín seguir confiando en ti?

MANUELOTE: ¿Confiar en mí el amo? Pues, ¿por qué no?

ROSO: Ahora está perseguido. Si Boves lo encuentra lo fusilará, como a tantos. ¿No oyes los disparos?

MANUELOTE: Sí, suena en varios sitios. ¡Desde anoche no han cesado!

ROSO: ¡Son fusilamientos! ¡Y todavía hay más de cien de los nuestros en el banquillo, les va a faltar pólvora!

MANUELOTE: (*Persignándose*) ¡Que Dios los ampare con su santo poder!

ROSO: ¡Quieren acabarnos! Pero todo no está perdido, aún hay esperanzas, por eso debemos seguir viviendo... ¡Y luchando!

MANUELOTE: ¡Así debe ser como usted dice!

ROSO: Algún día venceremos. (*Pausa*) Pero, tenemos que evitar caer en manos del enemigo.

MANUELOTE: Naturalmente. ¡Hay que esperar de Dios!

ROSO: ¡Manuelote! ¿Podemos confiar en ti? ¿Nos ayudarías?

MANUELOTE: ¿Ayudarlos? ¿Yo? ¡Qué cosas dice usted!

ROSO: ¡Sí! ¡Tú! ¿Cuidarías aquí a don Martín? ¿Te atreverías?

MANUELOTE: ¿A don Martín? ¿Dónde está?

ROSO: Afuera en la quebrada, junto a los cujies...

MANUELOTE: ¡Santo Dios! ¡¡El amo allí!!

ROSO: Su herida lo tiene postrado... No podemos avanzar más con él así... ¡Y necesitamos llegar hasta la Guaira!

MANUELOTE: ¡Hasta la Guaira! ¡Todo está invadido de soldados de Boves!

ROSO: ¡A pesar de eso debemos seguir! Nos aguarda allí una goleta que ha de conducirnos a Curazao. Una vez curado don Martín volveremos a reunirnos con la gente de Bolívar. *(Pausa)* Pero si no llegamos esta noche al puerto ya no habrá esperanzas, ¡y don Martín puede ser muerto! Sabemos que lo buscan incansablemente, ¡Boves lo cuenta como una presa codiciada!

MANUELOTE: ¡Pobre amo! ¡Hay que traerlo pronto! Aquí estará bien escondido, yo lo cuidaré... Si él confió en mí. ¡Lo cuidaré!

ROSO: ¡Eso esperaba de ti! Será por poco tiempo, mientras consigo unas mulas y medicamentos.

MANUELOTE: Vamos a buscarlo... *(Hace un gesto de ir)*

ROSO: *(Lo detiene por un brazo)* ¡No salgas tú! Espera aquí, ya lo traeremos. *(Sale rápido)*

MANUELOTE: ¡Qué guerra ésta! ¡Qué guerra!

(Entrejunta la puerta de la calle que Roso dejó abierta. Luego va al cuarto y arregla un poco el camastro. La puerta se abre y entra Roso seguido por dos hombres)

quienes traen a don Martín sobre una hamaca y cubierto con una cobija azul)

Roso: Aquí está, ¿dónde lo acostamos?

MANUELOTE: ¡Por aquí, por aquí!

(Los guía hasta el camastro, los hombres colocan en él a don Martín quien está inconsciente. Don Martín viste un traje parecido al de Roso, pero carga presillas de alta graduación y jubón rojo. Lleva la cabeza y el pecho vendados)

Roso: *(A Manuelote)* ¡Mucho cuidado! Te lo confío, que nadie lo vea... yo voy hacia Tacagua a buscar las mulas, en cuanto las consiga, vuelvo por él... ¡Cierra bien la puerta!

(Después de palpar a don Martín y arrojárselo hasta el pecho con la cobija, Roso sale seguido por los dos hombres. Manuelote cierra la puerta tras ellos y vuelve hasta don Martín, lo mira con mucho cuidado, luego va y llena un pocillo de agua y trata de hacer que tome. Pero don Martín permanece inmóvil. Manuelote se encamina al fogón y atiza el fuego, cuando hace eso, tocan la puerta)

MANUELOTE: *(Receloso)* ¿Quién es?

PETRONA: (*Desde afuera*) ¡Yo, Petrona! (*Grita*)
¡Vengo cansada!

MANUELOTE: (*Abriendo la puerta*) ¡No hables
recio!

PETRONA: ¿Por qué?

MANUELOTE: ¡Por nada!

PETRONA: (*Yendo hacia el fogón*) ¡Si vieras la
cantidad de gente hambrienta que hay por
esas calles buscando lo que sea! ¡Parece
el fin del mundo! Y los soldados de Boves
sacando presos para matarlos... ¡Andan
muchos bandos! (*Pone la cesta en el fogón
y comienza a quitarse el pañuelo de la
cabeza*) Se ven papeles en las paredes con
los nombres de los que buscan. Dicen que
hay anotados muchos y quien se atreva a
esconder a alguno también lo... (*Se pasa la
mano por el cuello*)

MANUELOTE: ¡Ah! Pero deben ser cosas de la
gente...

PETRONA: ¡Quién sabe! Aún vengo con miedo...
(*Nerviosa, bebe agua. A lo lejos se oyen
tambores y cornetas, luego ruido de gente
que habla y grita*) ¿No oyes? ¡Es uno de
los bandos! (*Rápido abre la ventana, se ve
pasar gente y soldados, a lo lejos, luego de
un redoble de tambor, una voz grita:*)

Voz: ¡Al pregonero! ¡Al pregonero! ¡José Tomás Boves, Jefe Supremo de los Ejércitos del Rey avisa a todos los habitantes de esta ciudad de Caracas que será recompensado con cinco mil pesos todo aquel que entregue vivos o muertos a los cabecillas facciosos que, alzándose en armas contra la gran nación española y su legítimo soberano, han sumido a esta Provincia en terribles calamidades...!

(Pausa. Redobla el tambor)

MANUELOTE: ¡Cierra la ventana!

PETRONA: Déjame escuchar más...

Voz: ¡Al pregonero! ¡Al pregonero! ¡Atención; cinco mil pesos para quien entregue vivos o muertos a los siguientes facciosos que pueden estar ocultos en esta ciudad y llamados Antonio Alvoces, Valentín Cienfuegos, Nicolás Jaramillo, Domingo Torres, Francisco Granados, Martín Tovar...!

PETRONA: *(Cerrando la ventana con miedo y persignándose)* ¡¿Oíste?! ¡Nombraron a don Martín!

(Afuera redobla el tambor y el murmullo se aleja)

MANUELOTE: Sí... ¡Lo nombraron! *(Bajando la voz)* ¡Boves lo busca!

PETRONA: ¿Te fijaste cuánto ofrecen por su cabeza? ¡Cinco mil pesos!

MANUELOTE: ¡Parece mentira! ¡Tanto dinero!
(Pausa) ¡Pero no lo encontrarán!

PETRONA: ¡Ojalá que no! (Pausa) Pero... el que lo encuentre...

MANUELOTE: ¿Qué?

PETRONA: ¡Se hará rico!

MANUELOTE: No pagan nada... ¡Son embustes!

PETRONA: ¡Sí pagan! Yo sé de una vieja que cuando Monteverde ocupó a Caracas, entregó a uno y le pagaron... ¡Está rica no se dónde!

MANUELOTE: ¡Siempre crees en cuentos! (Pausa) Ah, pero... ¿Qué trajiste? (Le muestra la cesta)

PETRONA: ¡Sólo maíz y un poco de salón de chivo! Más nada había... ¡Umm! Y si vieras cuánto tuve que caminar... (Se oye nuevamente el tambor y pasos de soldados y gente) (Nerviosa) ¡Parece que buscan por aquí! ¡Dicen que Boves no quiere dejar ni un solo insurgente vivo! ¡Ni uno solo!

MANUELOTE: ¡No podrá matarlos a todos!

PETRONA: ¡Quién sabe...! Eso de ir contra nuestro Señor el Rey es muy serio... ¿No escuchaste en la misa del domingo?

MANUELOTE: ¡No!

PETRONA: Dijo el señor cura que todos se condenarán... Hasta a don Martín lo espera el Infierno. ¡Qué horror!

MANUELOTE: (*Asomándose a la ventana*)
¡Quedó sola otra vez la calle! (*Pausa sostenida*) (*Cierra la ventana*)

PETRONA: ¡Gracias a Dios!

MANUELOTE: (*Luego de una pausa*) ¡Petrona!

PETRONA: ¡¿Qué?! (*Saca de la cesta el chivo y el maíz*)

MANUELOTE: Prepara un caldo de chivo...

PETRONA: ¿Caldo? ¿Para qué? (*Termina de quitarse el pañuelo de la cabeza*)

MANUELOTE: ¡Pues, porque sí!

PETRONA: Lo que son las cosas, ¡nunca te ha gustado el caldo de chivo!

MANUELOTE: Pero ahora va a hacer falta...

PETRONA: ¿Tienes tanta hambre? (*Camina hacia el cuartucho con el paño en la mano*) Caldo de chivo sin verdura no sabe a nada... (*Al avanzar ve a don Martín*) ¡Ah! ¡Qué susto! ¡¿Don Martín aquí?! (*A Manuelote*) ¿Por qué está ahí? ¿Cómo vino?

MANUELOTE: ¡El teniente Roso lo trajo!

PETRONA: ¡Dios mío!

MANUELOTE: (*Acercándose a Petrona*) ¡Nadie debe saber que está aquí! ¡¿Oyes?! ¡Nadie!

PETRONA: ¡Ah!, si lo encuentran pueden matarnos también (*Pausa, Petrona se muestra muy nerviosa*) ¿por qué lo dejaste traer? No has debido...

MANUELOTE: (*Interrumpiéndola y alzando los hombros*) ¿Esta no es su casa? ¡Soy su servidor!, ¡su esclavo! Además...

PETRONA: ¡Tengo miedo! ¡Nos matarán! ¡Vi en la plaza la horca, los fusiles, las lanzas! Oí las súplicas de los condenados, los llantos de sus hijos y sus mujeres... Boves no perdona... ¿Por qué no se te ocurrió algo para negarte a recibirlo?

MANUELOTE: ¿Qué podía decir?

PETRONA: ¡Cualquier cosa! ¡Qué hay soldados rondando...! En fin... Algo...

MANUELOTE: ¡No se me ocurrió! Pero no tengas miedo, nada sucederá...

PETRONA: ¡Quién sabe! (*Pausa*) ¡No veo por qué vamos a exponernos nosotros! ¡Por qué correr ese peligro!

MANUELOTE: ¡Quédate tranquila y cocina el caldo! (*Le tiende una olla de barro*)

PETRONA: ¡No sabes lo que haces! (*Airada*) ¡Por qué razón lo trajeron!

MANUELOTE: ¡Tuvieron confianza en mí! ¡Confianza en el esclavo Manuelote...! ¿Te das cuenta?

PETRONA: ¡Tonterías! ¡Cuando pase todo ni te lo agradecerán! ¡Ya verás!

MANUELOTE: ¡Puede ser! Pero no lo hice por eso. (*Pausa prolongada*)

PETRONA: ¿Está muy herido?

MANUELOTE: (*Tomando por un brazo a Petrona y conduciéndola cerca de don Martin*) Tiene un lanzazo en el pecho... Es grave... ¡Perdió el sentido!

PETRONA: Seguramente morirá. (*Se acerca a don Martín y lo toca*) ¡Está prendido en fiebre y desencajado!

MANUELOTE: Roso volverá a buscarlo. Lo sacaré hacia Curazao.

PETRONA: ¿Así como está?

MANUELOTE: ¡Debe salir esta noche!

PETRONA: ¡Ojalá así sea y se lo lleve! Estoy nerviosa. Tengo las manos frías. (*Con nerviosidad se pone a preparar algo en una olla de barro cocido*)

MANUELOTE: Nada ocurrirá... (*Pausa larga*)
¿Te pico más leña?

PETRONA: No hace falta... Pero agua sí ¿Por qué no la buscas?

MANUELOTE: (*Hace la intención de tomar una vasija, pero se detiene e incorpora*) ¡No, no debo salir de aquí hasta que venga Roso, el amo puede necesitar algo!

PETRONA: ¿Qué va a necesitar? Como no sea una vela y que le recen.

MANUELOTE: ¡No piensas sino en lo malo!
¡Cállate y haz que quede bueno el caldo, le daremos un poco!

PETRONA: ¡Caldo! ¡Caldo! ¡Umm!

MANUELOTE: *(Pausa. Camina y saca del baúl unas alpargatas, toma un tirapié y una aguja regresando hacia el taburete donde se sienta comenzando a coser una alpargata)*
¡Yo veré si por fin coso mis alpargatas!

PETRONA: ¡Las mías tampoco sirven ya! *(Alza un pie)* ¡Si esto sigue así vamos a andar desnudos! *(Con sorna)* Y gracias que aún medio comemos. *(Pausa. Se vuelve hacia Manuelote)* ¡Manuelote!

MANUELOTE: ¿Qué quieres?

PETRONA: ¿Por qué somos así?

MANUELOTE: ¿Cómo?

PETRONA: Pues... ¡Esclavos y pobres...!

MANUELOTE: ¡Quién sabe!

PETRONA: Si fuéramos libres y ricos... ¡Ah!

MANUELOTE: *(Siempre cociendo una alpargata)*
Muy bueno sería...

PETRONA: No nos mandaría nadie, ¿verdad?

MANUELOTE: ¡Nadie!

PETRONA: Y podríamos comer sabroso como los mantuanos y dormir en cama buena con sábanas y almohadas. (*Pausa*) ¡Ah! Imagínate por un momento: ¡yo, libre de ir por donde quiera y hacer lo que me dé la gana! Sucedería como en esos sueños, que según me has contado, tenías cuando niño... ¿Te acuerdas?

MANUELOTE: Sí. (*Pausa*) Eran sueños muy bonitos... A veces me veía libre y sobre un caballo blanco corriendo por caminos llenos de flores y de sol; luego subía por cerros y montañas y seguía subiendo, subiendo y llegaba a las nubes, pero seguía y seguía hasta alcanzar a las estrellas; y la risa me brotaba sabrosa porque estaba alegre, muy alegre...

PETRONA: ¡Y tan fácil que sería dejar de ser esclavos y que hasta tuvieras tu caballo blanco!

MANUELOTE: ¿Fácil? ¡Jumm! ¡Qué cosas tontas hablas!

PETRONA: No son cosas tontas. (*Pausa*) Pues... Si quisiéramos...

MANUELOTE: Si quisiéramos... ¿Qué?

PETRONA: Podríamos ser ricos...

MANUELOTE: ¿Ricos? ¡No me hagas reír, mujer!
(*Sonríe. En el camastro, don Martín abre los ojos e incorpora la cabeza*)

PETRONA: ¡Siempre has sido un zoquete! ¿No crees que podríamos tener dinero algún día?

MANUELOTE: ¡No veo cómo! Aunque dicen que después de esta guerra y si ganan los de aquí, las cosas van a cambiar.

PETRONA: No hablo de eso, me refiero a ser ricos pronto, ¡sin esperar mucho!

MANUELOTE: ¡Serás bruja, mujer!

PETRONA: ¿No te has dado cuenta?

MANUELOTE: ¿De qué, Petrona?

PETRONA: Pues de eso... de que si quisiéramos...

MANUELOTE: Hablas mucho y no te entiendo...
(*Cose con cuidado*)

PETRONA: ¡Porque eres un negro escaso! ¿No oíste lo que dijo el pregón?

MANUELOTE: ¿Soy sordo, acaso?

PETRONA: ¡Pues ahí lo tienes! (*Pausa*) Con sólo decir...

MANUELOTE: (*Poniéndole atención*) ¿Decir qué?

PETRONA: ¿No adivinas?

MANUELOTE: Aún no...

PETRONA: Pues... pues, que don Martín se esconde en esta casa...

MANUELOTE: (*Dejando la alpargata, el tirapié y la aguja sobre la mesa y poniéndose de pie*) ¡Petrona! (*Pausa*) ¡¿Cómo puede ocurrírsete eso?! ¡¿Cómo?!
(Petrona se queda mirando a Manuelote)

PETRONA: ¿Y a ti no se te ha ocurrido? ¡Dime!

MANUELOTE: ¡No! ¡Que va a ocurrírseme!

PETRONA: Porque no piensas... Siempre te has conformado... ¿No estás cansado de ser un esclavo? ¿De vivir como vivimos? ¿De comer mendrugos y vestir harapos? ¡Cuando el pregonero decía lo de los cinco mil pesos no hice sino pensar en todo cuanto se podía hacer con ellos!

MANUELOTE: No sigas hablando de eso. ¿Por qué se te vienen esas ideas a la cabeza? ¿Estás loca, acaso?

PETRONA: ¡El loco eres tú! Habernos expuesto a la horca aceptando aquí a ese... a ese

insurgente, pues, por más que sea el amo, ¡es un insurgente! ¿Te das cuenta?

MANUELOTE: ¡Estás loca! ¡Y bien loca! ¡Eso es!

PETRONA: Lo que digo es natural... ¿Acaso una no tiene derecho a mejorar? (*Don Martín vuelve a abrir los ojos, oye y mueve la cabeza con inquietud*) ¡Todavía soy joven!

MANUELOTE: ¡Pero que piensas es feo! ¡Muy feo! Roso confió en mí... Además, si a ver vamos, don Martín no ha sido malo conmigo.

PETRONA: ¿Qué amo es bueno? (*Con sarcasmo*) ¿Crees que él haría por ti lo que tú haces por él ahora? (*Pausa*) Muchos los dicen: ¡esos blancos mantuanos no quieren sino sacar de aquí a los españoles para mandar y apretar más duro! ¿No es por eso que muchos indios y negros como nosotros están con Boves? Eso dicen y yo lo creo. (*Con sorna*) ¡Claro que lo creo!

MANUELOTE: Hablan muchas cosas: hasta murmuran que si gana ese Bolívar habrá libertad para todos. Que habrá igualdad... Que los negros... ¡En fin...!

PETRONA: ¿Crees eso? ¡Zoquete! ¡Negro zoquete! ¡Siéntate a esperarlo Para que veas! ¡Ja, ja, ja! ¡Manuelote!

MANUELOTE: ¡Chiss! ¡Cállate! (*Se acerca a don Martín y lo ve. Éste se hace el dormido*)

PETRONA: ¡Bah! Está como muerto... ¡Pronto morirá y todo será inútil...! ¿Te das cuenta? Siempre va a morirse... A lo mejor ya se está muriendo... (*Pausa*) A nadie aprovechará su muerte. En cambio... Si nosotros...

MANUELOTE: No sigas pensando en eso... ¡No debes ni decirlo! (*Pausa*) ¡Prometí cuidarlo!

PETRONA: Siempre piensas en los demás y nunca en ti. ¿Por qué vamos a sacrificarnos por un rico blanco? ¿Por qué? ¿Qué nos han dado ellos a nosotros como no sean palos y maltratos? ¿Te han dado algo a ti? ¡Contesta!

MANUELOTE: (*Dudando*) ¡Nada!

PETRONA: ¿Ves? ¿Entonces?

MANUELOTE: Pero eso de entregar a don Martín sería un proceder malo, ¡muy malo! (*Pausa*) Además... Pienso...

PETRONA: ¿En qué?

MANUELOTE: Pues... Lo veo tirado allí, herido perseguido y recuerdo lo bien que vivía con su mujer, sus hijos y su casa grande y se me ocurre que algo bueno debe haber en eso

que ellos pretenden para que todo lo hubiera sacrificado así... ¿No crees?

PETRONA: ¡Qué ideas tan raras tienes...!
¿Imaginas que en ese pleito de ricos y españoles nos tocará algo bueno a nosotros, negro esclavo?

MANUELOTE: Yo no entiendo nada, soy un negro esclavo, bruto... Pero, es lo que me digo, ¿por qué va a estar don Martín así sin necesidad? ¿Por qué tantos como él se han lanzado a pelear? ¿Por qué? ¡Desde que lo trajeron me pregunto eso!

PETRONA: Y yo me pregunto: ¿por qué soy tan tonta discutiendo contigo? ¡A ti hay que hacerte las cosas como siempre! (*Comienza a arreglarse el pañuelo en la cabeza y toma el paño en actitud de salir*) ¡No he debido decirte nada!

(*Manuelote viendo lo que Petrona hace y acercándose:*)

MANUELOTE: ¿Qué pretendes hacer?

PETRONA: ¡Salir!

MANUELOTE: ¿A qué?

PETRONA: ¡Iré a la Comandancia de Armas!

MANUELOTE: (*Con sorpresa, angustiado*)
¡Petrona!

PETRONA: ¡Y ahora mismo!

MANUELOTE: (*Interrumpiéndole la puerta*) ¡No saldrás!

PETRONA: ¿Qué no? (*Pausa*) ¡Te, estoy decidida! (*Trata de apartarlo*) ¡Lo he pensado bien! ¡Ya estoy cansada de ser una esclava, menos que una basura! ¡Hay una oportunidad y debemos aprovecharla! (*Pausa*) No tengo que decir unas cuantas palabras y seremos ricos... ¡Ricos! ¿Sabes lo que significa? ¡Anda! ¡Quítate! ¡Déjame salir! ¡Estoy resuelta!

MANUELOTE: ¡No lo creo! (*Mueve la cabeza con rabia y pena*) ¡No creo que seas capaz de hacer eso! (*Pausa*) Piensa Petrona...

PETRONA: ¡Ya lo he hecho por ti y por mí!

MANUELOTE: ¡Déjalo! ¡Te lo suplico! No pagaran nada. (*Pausa*) Además, ¡él confió en mí!

PETRONA: ¡Zoquete! ¿No te das cuenta? ¡Son cinco mil pesos!

MANUELOTE: (*Reflexivo*) Si lo prenden aquí...
Fíjate lo que puede suceder...

PETRONA: ¿Qué? ¡Día!

MANUELOTE: Pues que también me lleven a mí... ¡Seré ahorcado...!

PETRONA: ¡No! ¡Eso no ocurrirá! (*Pausa*) ¡Diré que tú me mandaste a delatarlo y nada te harán!

MANUELOTE: ¡No puedes hacer eso! (*Lleva a Petrona por un brazo hasta don Martín*)

PETRONA: (*Indiferente*) Va a morir de todos modos. ¡Ya está casi muerto y va a ser una muerte inútil!

(*Vuelve con intención de ganar la puerta. Manuelote, rápido, la agarra por un brazo*)

MANUELOTE: ¡Ven acá! ¡No irás!

PETRONA: (*Debatiéndose*) ¡Suéltame o grito! (*Alzando la voz*) ¡Será peor, peor para ti!

MANUELOTE: (*Soltándola con rapidez*) ¡No debes ir! ¡Además no van a creerte! Eres una esclava... ¡Dicen que los esclavos somos embusteros!

PETRONA: ¡Ja! Los traeré aquí y verás si no me creen... (*Don Martín en el camastro se mueve y gime. Manuelote va rápido donde él y lo palpa, don Martín queda inmóvil*)

¡Ya verás, mañana seremos ricos! ¡Ricos!
(Aprovechando que Manuelote está con don
Martín sale a la calle, rápido, dando un
portazo)

MANUELOTE: (Asombrado y confuso) ¡Dios mío!
¡Petrona, Petrona! ¡Devuélvete! (Corre ha-
cia la puerta y desde el umbral grita) ¡Pe-
trona! ¡Espera, espera! ¡Te acompañaré...!
¡Tienes razón...! ¡Los cinco mil pesos deben
ser nuestros! (Regresa al cuartucho. Mira a
don Martín y luego con premura toma algo
del baúl, lo esconde bajo la franela y sale co-
rriendo hacia la calle, llamando)

MANUELOTE: ¡Petrona! ¡Petrona! ¡Espera,
iremos juntos, oye lo que debes decir! (Su
voz se pierde) ¡Oye! ¡Oye!

(Una vez ido Manuelote, don Martín se
medio incorpora presa de ansiedad, quiere
ponerse de pie, pero no puede. Insiste en
sus movimientos y cae del camastro. Ya en
el suelo, comienza arrastrarse con grandes
esfuerzos)

DON MARTÍN: ¡Debo huir! ¡Huir rápido! Esos
miserables... (Sigue arrastrándose hacia la
puerta) ¡Ay...! ¡Ay...! ¡Ay...!

(Cuando se medio incorpora sobre las
piernas, tras grandes esfuerzos, la puerta se

abre y entra, con la cabeza baja, silencioso y grave, Manuelote, al mirar en el suelo a don Martín, se asombra)

MANUELOTE: ¡Ah...! ¡Don Martín!

DON MARTÍN: (*Viéndolo fijamente*) ¡Cobardes! ¿Ya me vendieron, verdad? ¿Ya me vendieron, verdad? Ya fue esa a buscar los secuaces de Boves, ¿no? ¡Pronto estarán aquí para matarme! ¡Sí, negros infames...! ¡Y todo por unos cuantos pesos!

MANUELOTE: (*Con asombro y susto*) ¡Don Martín! ¡Mi amo!

DON MARTÍN: ¡Miserables! ¡Pero no me cogerán vivo, no! ¡No! (*Con gran trabajo saca una pistola y la martilla, luego con rapidez la lleva a la sien y aprieta el gatillo. El arma pistonea y no dispara, don Martín arroja con furia la pistola*)

MANUELOTE: (*Quien ha hecho un gesto como para contener a don Martín, pero a la vez paralizado por la violencia y rapidez del acto de aquél*) ¡Don Martín!

DON MARTÍN: ¡Ah, todo está contra mí...! ¿Por qué no me matas tú? ¿Por qué no lo haces antes de que lleguen los hombres de Boves? ¡También te pagarán si me entregas muerto!

¡Apresúrate! ¡Coge un machete y hazlo, ya debe venir Petrona, con la gente de ese asturiano...!

MANUELOTE: No tema, nadie vendrá...

DON MARTÍN: ¡No mientas, ladino! Oí lo que hablaron... ¿Acaso no fue ella a venderme?

MANUELOTE: Sí, fue...

DON MARTÍN: ¿Entonces...?

MANUELOTE: Ella fue... sí... *(Pausa)* Pero... ¡No pudo llegar!

DON MARTÍN: ¡Mentira! ¡Mentira! ¿Por qué no pudo llegar? ¿Por qué?

MANUELOTE: *(Con lentitud saca un cuchillo que llevaba escondido bajo la franela y lo tira al suelo, cerca de don Martín, gritándole sordamente)* ¡Por esto!

(Don Martín mira a Manuelote y al cuchillo)

DON MARTÍN: *(Espantado y como sin comprender)* ¡¿Cómo?! ¡Manuelote! ¡Manuelote! ¡¿Qué hiciste?! ¡¿Qué hiciste?! ¡¿La mataste?! *(Manuelote afirma con un leve gesto de cabeza)* ¡Ah, Manuelote! ¡Manuelote!

(Se desmaya. Afuera se oye ruido, luego tocan en la ventana, suavemente. Y Manuelote al oír rompe su estatismo y rápidamente toma en brazos, semicargando a don Martín y lo lleva al camastro. Recoge el cuchillo y lo guarda bajo su franela, luego va a la ventana y la abre, se asoma Roso)

Roso: ¡Soy yo, abre!

(Manuelote cierra la ventana y sin hablar abre la puerta. Entra Roso seguido por dos hombres)

Roso: *(A Manuelote)* Venimos por don Martín, ya conseguimos las mulas y los medicamentos.

MANUELOTE: *(Señalando hacia el cuartucho)*
¡Está tranquilo!

Roso: *(A los hombres)* Llévenlo con mucho cuidado. *(A Manuelote)* ¿Alguna novedad?

MANUELOTE: ¡Ninguna!

(Los hombres ponen a don Martín en la hamaca y caminan hacia la puerta)

Roso: Bueno, Manuelote, ¡Adiós! Si logramos llegar a Curazao, nos habremos salvado. ¡Algún día regresaremos para verle de nuevo la cara a Boves!

MANUELOTE: ¡Ojalá!

ROSO: Esta noche estaremos en la Guaira.
(Saca una bolsa de dinero y se la tiende a Manuelote. Este la rechaza con un gesto sobrio) ¡Ah, Manuelote! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Siempre me acordaré de ti, te has expuesto por nuestra causa! (Guarda la bolsa y sale siguiendo al grupo que lleva a don Martín. Desde el umbral de la puerta se vuelve y dice a Manuelote) ¡Que Dios te acompañe! (Sale)

(Manuelote lo ve irse en silencio, luego cierra la puerta y grave y apesadumbrado se deja caer en el taburete. Vuelve la cabeza y con gran pesar mira toda la estancia, fijando brevemente la vista en el fogón. Luego se toma la cabeza entre las manos y deja escapar un profundo sollozo, hondo, prolongado. Permanece en esta actitud unos segundos. A los lejos suena una corneta. Manuelote alza la cabeza y mira hacia la habitación, con lentitud se pone de pie y camina hacia el cuartucho, anda despacio y como sobrecogido por una terrible soledad. Se detiene antes de llegar al camastro y vuelve su vista por doquier. De pronto descubre, en el suelo, junto al viejo baúl, la pistola de don Martín, sorprendido se agacha y la recoge mirándola con sumo cuidado)

(Se oye otra vez la corneta lejana)

(Manuelote, como presa de una resolución y reteniendo en una mano la pistola, abre el baúl y saca de él un viejo sombrero raído que se coloca en la cabeza, después toma una cobija muy usada y se la echa en el hombro comenzando a caminar con lentitud, pero resueltamente hacia el fogón. Allí toma el machete y va hacia la puerta, antes de llegar a ella se vuelve y mira tristemente la estancia, bajando la vista a la pistola)

MANUELOTE: *(Habla con lentitud y gravedad)*
¡Debe haber algo por lo cuál mueren y se sacrifican tantos! *(Pausa)* ¡Debe ser algo grande! *(Abre la puerta, pero siempre mirando la estancia)* ¡Me iré a esa guerra! ¡Quizás haya un puesto para mí junto a esa gente que manda Bolívar!

(Sale. La puerta queda abierta movida por el viento, a lo lejos redobla un tambor y una corneta toca atención mientras cae el telón)

FIN DE LA OBRA

*Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres litográficos
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes febrero de 2015
500 ejemplares
Caracas-Venezuela*



Alcaldía
de Caracas

Jorge Rodríguez
Alcalde

Freddy Nández
Presidente de Fundarte

Consejo Directivo
Gustavo Pereira
Alberto Rodríguez Carucci
Zuleiva Vivas
Nelson Guzmán
Carlos Tovar
Saúl Rivas Rivas
Xavier Sarabia

Secretaria General (E)
Yusbely Ramírez

Gerente de Publicaciones
Kelvin Malavé

Otros títulos

- 1.- *Lo que dejó la tempestad*
- 2.- *Oscéneba*
- 3.- *La fiesta de los moribundos*
- 4.- *La esquina del miedo / La sonata del alba*
- 5.- *Apacuana y Cuaricurrián*
- 6.- *Un tal Ezequiel Zamora*
- 7.- *Los hombres de los cantos amargos*
- 8.- *Esa espiga sembrada en Carabobo*
- 9.- *Curayú o El Vencedor*
10. *Buenaventura chatarra*
- 11.- *Joaquina Sánchez*
- 12.- *María Rosario Nava / Manuelote*
- 13.- *¿Por qué canta el pueblo? / Harapos de esta noche*
- 14.- *Las mariposas de la oscuridad*
- 15.- *El vendaval amarillo*

La larga y cruda guerra por la independencia venezolana tuvo muchos momentos de derrota, reveses de una lucha que pudieron sembrar la duda y aflorar la desesperanza en aquellos hombres y mujeres protagonistas de esa hazaña de amor por la libertad que, desde 1810 hasta 1821, comprendió la rebelión ante el poder opresor, la resistencia ante su represión sangrienta y la tenacidad para no cejar hasta el triunfo en una empresa más grande que cualquier individuo: la liberación de un pueblo y el nacimiento de una nación independiente y soberana. La personalidad y obra de Simón Bolívar es señera y ejemplar de esta constancia, que no habría fructificado sin el compromiso afectivo de quienes lo siguieron, sacrificando hasta lo más querido en aras de esa causa. La pluma dramática de César Rengifo aborda en estas dos breves piezas el tema de la Independencia desde esa perspectiva en que todo parece perdido salvo el anhelo de libertad y la esperanza. *Manuelote*, drama en una escena escrito en 1950, tiene lugar en el año de 1814, cuando José Tomás Boves ocupó la capital de Venezuela y aterrorizó la ciudad con la persecución y exterminio de patriotas. *María Rosario Nava*, cantata o poema dramático escrito en 1964, se ubica en el año de 1817, cuando el sanguinario ejército de Morillo había subyugado todo el norte de Venezuela. En una y otra obra el drama individual abraza y se inserta en el drama histórico y colectivo, mostrando la vida menuda de una pasión y una conciencia que fueron las parteras de la patria.

ISBN 978-980-253-536-1



9 789802 535361



Municipio
de Caracas



Gobierno
de la CAPITAL



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela



Pueblo Victorioso

Colección Biblioteca César Rengifo - N° 12